



**SOBRE EL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA ⁽¹⁾**

SEÑORES:

Mi buena voluntad me inspira á menudo infundada confianza en las propias fuerzas, por donde yo, de puro bondadoso (y perdonad que en algo me alabe), suelo no cumplir, ó cumplo tarde y mal, compromisos libremente contraídos.

Digo esto para atenuar, ya que no disculpe, la falta en que he incurrido tardando en contestar al discurso que acabáis de oír, tardanza que detuvo hasta hoy el Sr. Commelerán á las puertas de esta Academia, la cual espera mucho de sus conocimientos filológicos para el mejor éxito de las tareas á que se consagra.

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Francisco Commelerán en la Real Academia Española, el día 25 de Mayo de 1890.

Al aceptar yo el encargo de contestar al nuevo académico, me movió cierta consideración que hace mi trabajo más difícil, porque necesito exponerla y carezco de la rara habilidad que para ello, en mi sentir, se requiere.

De ordinario, en el seno de esta corporación reina la más perfecta armonía, á pesar de lo dividido que está nuestro país en parcialidades, y á pesar de que apenas las hay sin representante entre nosotros; pero cuantas opiniones políticas fuera de aquí nos separan, desaparecen ó pierden su dañino vigor dentro de este recinto.

Sólo en la elección del Sr. Commelerán hubo, según dicen, de aparecer entre nosotros la discordia; pero fué tan de paso y con tal disimulo, que los más no hubiéramos advertido nada, sin las hablillas, comentarios y exageraciones, que nacieron y cundieron fuera de aquí.

Saludable aviso fué éste que nos estimuló á buscar, é hizo que encontrásemos modo de que nunca se renovase el pretexto que para que nos supusiesen divididos tal vez habíamos dado. Y como yo fuí uno de los que más se opusieron á la elección del Sr. Commelerán, me complací en que nuestro digno Director me designase para saludar en nombre de la Academia al que ésta había elegido, imaginando yo que así ponía el sello en el público testimonio de nuestra fraternal avenencia.

Conste, pues, que nadie entre nosotros se opuso á la elección del nuevo académico, sino por el empeño de que entrase antes de él otro candidato, también ya electo, y contra el cual jamás hubo tampoco oposición, sino momentánea.

La Academia, mirando por su crédito, suele elegir, para ocupar las sillas vacantes, á aquellos hombres que de mayor nombradía gozan entre el pueblo por su valer como escritores; pero, suponiendo que la Academia se decidiese en favor de alguien que no fuese popular y conocido, la Academia estaría en su derecho, y nadie tendría menos autoridad que yo para censurarla. Mi pobre reputación de escritor, después de mi elección ha sido adquirida. Lo declaro sin falsa modestia: en mi elección hubo favor, y muy señalado. No me incumbe decidir si en algún otro caso excepcional también le hubo; pero sí repito que la Academia llama generalmente á su seno á los que vienen á aumentar su lustre con los propios merecimientos, ya reconocidos y patentes.

En prueba de esta verdad, basta que recuerde yo aquí con dolor al par que con orgullo, los nombres de algunos de los que fueron compañeros míos, y que han muerto desde que yo tengo la honra de sentarme entre vosotros. Hombres de Estado, de los que más han influído en el desenvolvimiento político y en la radical transformación de

la moderna España, dirigiendo sus destinos, y cautivando con su elocuencia á las muchedumbres, como Olózaga, Galiano, Aparisi, Nocedal, Martínez de la Rosa, Benavides, Pacheco, Pastor Díaz, González Bravo, Ríos Rosas, Molins y Patricio de la Escosura. Autores dramáticos que deleitaron al pueblo, y recogieron en el teatro cien coronas de inmarcesible hiedra, como el duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Ventura de la Vega, Ayala y Bretón de los Herreros. Poetas errantes y peregrinos famosos, que, á semejanza de los antiguos sabios y filósofos de Grecia, llevaron, como Mora, las letras, la cultura y el pensamiento de España á las más remotas regiones del otro lado del Atlántico y de los Andes, y dieron leyes y constitución á nuevas repúblicas, hoy engrandecidas y florecientes. Médicos insignes, como Seoane, el cual concurre en Londres á la fundación de la nueva Universidad y á la creación de importante revista, *The Atheneum*, que aún subsiste con gloria. Críticos como Durán, á quien tanto deben nuestro clásico teatro y nuestro incomparable romancero; á quien Wolf proclama rey de los críticos españoles; y en quien el amor y la antigua musa épica popular y su íntimo trato con ella, despertan la inspiración de los pasados siglos, y dan ser á las candorosas leyendas de la *Infantina* y de *Don Flores*. Pensadores egregios como Núñez

Arenas y Canalejas, que levantaron y reavivaron entre nosotros la casi apagada lámpara filosófica para iluminar con su esplendor los juicios literarios y las obras de arte. Ingenios desenfadados é infatigables polígrafos, que han regocijado ó ilustrado á la juventud, como Oliván, Monlau, Ochoa, Selgas, Segovia y Mesonero Romanos. Y, por último, pues no quiero ni debo olvidarlos, ya que suscito estos recuerdos, el discutidor brioso y profundo político, historiador elocuente de las alteraciones de Aragón en tiempo de Felipe II, á quien debemos además la divulgación por medio de la estampa del más antiguo de nuestros Cancioneros, ilustrado por él con erudición copiosa, la cual pone de realce la cultura de Castilla antes del Renacimiento (1); el laborioso y diligente escritor que nos legó las historias de D. Pedro el Cruel, de las comunidades y del benéfico Carlos III (2), y el modesto y discretísimo encomiador de Alarcón y de Moreto, cuyas vidas narra con tanta amenidad y abundancia de datos, y cuyas obras juzga y aprecia con tan exquisito buen gusto y elevado criterio (3).

Desde que yo pertenezco á la Academia, ha perdido ésta todos los claros individuos que acabo

(1) D. Pedro Pidal, primer Marqués de Pidal.

(2) D. Antonio Ferrer del Río.

(3) D. Luis Fernández-Guerra.

de indicar. Cuando entré en la Academia, aun era reciente la pérdida de aquellos dos grandes líricos, Quintana y Gallego, Tirteos de la guerra de la Independencia; del vate elegantísimo y fecundo maestro D. Alberto Lista; del extraño, entusiasta, fascinador y paradójico poeta en prosa, que se llamó Donoso Cortés; y del más notable metafísico que hemos tenido en el siglo presente: de Balmes, cuya fama salvó el Pirineo, cantando y pregonando por toda Europa sus alabanzas.

La brillantez y la elevación de los nombres que cito subsanan, á mi ver, ampliamente, el error ó la flaqueza de la Academia en elegirme á mí, y acaso á algún otro como yo, si es que le hay, que carezca de suficiente altura.

No tenemos en España, sino por importación francesa, la costumbre de llamar á los académicos enfáticamente inmortales; pero, si la tuviéramos, justificada estaría por los personajes recordados. Inmortales son todos ellos, y algunos, no con inmortalidad recóndita, que sólo ven los eruditos y bibliófilos, sino clara, paladina y evidentísima á los ojos del vulgo, así entre los propios como entre los extraños.

Por lo demás, me parece que debemos combatir como equivocada, aunque difundidísima, la creencia de que esta Academia ha de ser á modo de Panteón ó Elíseo literario, donde sólo sea lícito

entrar á los eminentes y donde la entrada tenga traza de triunfo ó de gentilíca apoteosis.

La Academia es meramente una modesta reunión de hombres de letras, bastante autonómica para que sea ella misma quien elija los individuos que la componen y para que no se someta á caprichos inestables de la multitud ni á decretos de otros poderes. No es su propósito conceder títulos de gloria, ni repartir diplomas de inmortalidad, que no están en su mano, sino que el tiempo autoriza y custodia, después que los doctos los conceden, en virtud de reiteradas sentencias, que el pueblo sanciona y revalida con su asentimiento. El propósito de la Academia es cultivar la lengua y la literatura patrias, y para esto busca á los que considera más aptos, aunque no alcancen extraordinaria celebridad. Cuando, por dicha, la celebridad y la aptitud coinciden en el mismo sujeto, la Academia está de enhorabuena.

La obra más importante, en que se emplea de continuo, es sin duda el Diccionario. En él han trabajado todos los oradores, poetas y prosistas cuyos nombres ya cité, lo cual es una garantía de que no debe de ser muy malo el Diccionario. Si Olózaga, Durán y Quintana ignoraban el valor y significado de las palabras con que pronunciaba el uno sus conmovedoras arengas, con que reproducía maravillosamente el otro la poesía narrativa

de los siglos medios, y con que celebraba el tercero el progreso humano y la libertad y excitaba á la guerra, entusiasmado por el heróico levantamiento del pueblo contra toda tiranía, es cosa de desesperar de que nadie sepa nada, y es cosa de convenir en que hablamos y escribimos por casualidad y por instinto, sin conciencia y sin arte.

Acaso, me digo yo, no se puede conocer á fondo el idioma propio si no se conocen otros idiomas, con los cuales se le compara para aquilatar su mayor pulcritud y pureza, ó en los cuales se investiga el origen y se desentraña la raíz de sus vocablos; pero al punto veo que este requisito está cumplido, cuando recuerdo, por ejemplo, que Galiano escribía y hablaba tan bien en francés como en español, y que tuvo cátedra y explicó en inglés en Londres; que Severo Catalina fué maestro de hebreo; que Hermosilla, Ranz Romanillos y Castillo y Ayensa, se cuentan entre los mejores helenistas de que podemos jactarnos; que D. Manuel Valbuena sabía bastante latín, y ocupó aquí un asiento; y que en lo tocante á lengua arábica, hemos tenido á Conde, y aún tenemos entre nuestros premiados y laureados á Simonet, y entre nuestros correspondientes y colaboradores á D. Leopoldo Eguílaz.

Y si para entender y estimar en lo justo la lengua de Castilla se exigiese saber las otras dos principales lenguas literarias de la península ibérica, la

Academia habría satisfecho igualmente esta exigencia, eligiendo para la lengua portuguesa correspondientes como Oliveira Martins y Latino Coelho, y para la lengua catalana correspondientes como Rubió y Ors, Vidal y Valenciano, Quadrado y Teodoro Llorente.

Harto se entiende que yo no menciono sino á los que están ausentes y á los que ya murieron. Su mención sola autoriza á la Academia, después de haberlos elegido, á usar de benignidad indulgente, eligiendo á alguien que no llegue á la marca, si es que hay marca para esto como para las quintas. Y además, yo entiendo que se dan casos en que la contraposición es útil y grata, porque presta realce y claroscuro al todo. Dígalo sino aquel pasaje del profeta Ezequiel, que acude ahora á mi memoria, donde describe el ejército de Tiro, cuyos guerreros eran punto menos que gigantes, y, sin embargo, también había en él pigmeos para complemento y colmo de hermosura.

No es menester en el día de hoy, en justificación de la Academia, apelar á lo expuesto y echar mano del elogio que hizo Ezequiel de los pigmeos de Tiro. Si éstos eran hábiles en el manejo del arco y de las flechas, con las cuales herían á los asirios que asediaban la ciudad y pugnaban por destruirla, no es menos certero y hábil el nuevo académico, y ha mostrado también su talento de escritor y

su notable conocimiento de la lengua y de la literatura española, defendiendo nuestro Diccionario de muy rudos ataques.

El libro que, coleccionando los artículos escritos con este propósito, ha formado el Sr. Commelerán, es muy instructivo y ameno, y él solo bastaría para hacerle merecedor de colaborar, en adelante, en la obra que tan bien defiende y de sentarse entre nosotros; pero el libro en defensa del Diccionario dista mucho de ser su único ó principal merecimiento.

Por otra parte, aunque el Sr. Commelerán, sea acreedor por su intento á nuestra gratitud, su citada obra vale y sirve para ilustración general más que para apología de la Academia.

Si el Diccionario es malo, será por lo difícil que es hacerle bueno, ó será porque la casta ó raza española, salvo algún singularísimo individuo, es torpe para esta clase de trabajos.

Es verdad que la Academia ha hecho el Diccionario, y puede suponerse que, al hacerle, hizo una abominación; pero esto equivaldría á decir que los autores de ella fueron todos los ya mencionados personajes, y bastantes otros que antes de que viese á descubrirse su incapacidad, eran célebres por su conocimiento de nuestro idioma, como Luzán, Vargas Ponce, Arriaza, García de la Huer-
ta, Burgos y Gil y Zárate.

Es de notar asimismo, que desde hace algunos años, gracias al desarrollo del comercio y de la industria, á la facilidad de comunicaciones, á los descubrimientos científicos y á su frecuente aplicación á oficios y menesteres de la vida de todos, y gracias á la difusión del saber y á la ascensión del pueblo á regiones y esferas, donde quizá antes no ascendía, el lenguaje vulgar se ha enriquecido en extremo.

En él ha habido, en muchos países, y sobre todo en los más adelantados, una tumultuosa irrupción de voces técnicas ó científicas. Indispensable ha sido, por consiguiente, como se ha hecho en Inglaterra, Francia y Alemania, incluir en nuestro Diccionario multitud de voces, que antes sólo en las Enciclopedias se consignaban y definían. Y ha sido indispensable también definir con mayor exactitud y precisión no pocas de las voces ya incluidas, ajustándose á nomenclaturas y clasificaciones que la ciencia ha inventado (1). Y todo ello procurando evitar lo demasiado técnico ó científico, á fin de

(1) Es de advertir que tales nomenclaturas y clasificaciones sirven para lo material, que está ya clasificado por la ciencia; pero no sucede lo mismo con las facultades y operaciones del alma, y con los conceptos metafísicos, que son harto difíciles de definir. En los vocablos de esta clase suelen los más hábiles autores de Diccionarios, v. gr., Littré y Webster, eludir la dificultad no definiendo y apelando á la sinonimia. Este es defecto grave, porque los sinónimos son rara vez perfectos ó equivalentes, sien-

que el Diccionario no traspase los límites, harto confusos, de lo que debe ser un Diccionario del lenguaje vulgar, y se convierta en enciclopédico, en resumen.

En esto, que es lo más nuevo y arduo, y lo que más caracteriza la última edición del Diccionario, si la empresa ha salido mal, esta Academia no resulta sola culpada del delito, sino también otras corporaciones que se tenían por sabias, y no pocos sujetos, acreditadísimos en nuestro país por su pericia en diversas facultades, astrónomos, matemáticos, naturalistas, doctores en derecho, marinos,

do por otro lado, más útiles que convincentes las distinciones que hacen á menudo entre vocablos sinónimos los más discretos autores que sobre esto han escrito.

Pongamos por caso ver ó saber lo futuro y revelarlo á otras personas. Entre el verbo que implica la acción de comunicar lo que se sabe y el verbo que no la implica, es clara la diferencia; pero no es llano deslindarla entre multitud de verbos, cuando se pueden tomar en casi la misma acepción. Así, por ejemplo, en inglés, *predict, prognosticate, prophesy, vaticinate, soothsay, foreboile, foretell, presage, augur, augurate, announce, advise, ominate, forecast, foresee, forewarn* y *divine*.

En la lengua inglesa, con escasisima dosis de gramática y con una pronunciación muy propia y característica, que lo *anglifica* todo, hay gran libertad para adoptar palabras de otros idiomas. Se diría que, para formar la lengua inglesa, sobre un montón de palabras germánicas y célticas se ha volcado todo el Diccionario latino. De aquí que el lexicógrafo no atine acaso á distinguir bien unas palabras de otras; cuándo se debe usar la latina y cuándo la germánica; qué diverso matiz de la idea capital quiere el uso ó la etimología que exprese cada una, ó si son del todo equivalentes,

filósofos y militares, los cuales fueron consultados y respondieron á la consulta con grande abundancia de papeletas.

Si todas estas papeletas son tontas ó disparatadas, resignémonos y digamos: Sea todo por Dios. ¿Qué otro recurso nos queda, y más si observamos que nuestro delito acusa todavía mayor número de cómplices?

El gran pueblo español no tiene semejanza, por su noble destino, sino con el griego y el romano en las edades gentílicas, y en la edad moderna, sólo con el inglés, hasta hoy. Designio providencial hubo de confiarle la misión de difundir por toda la tierra la cultura de Europa, descubrien-

ya siempre, ya en ocasiones, y el emplearlas queda al arbitrio del consumidor ó sólo depende del buen gusto y de la eufonia. Así los verbos *wish, desire, hope, expect, trust, confide, show, exhibit, strengthen, fortify, mean, signify, guess, conjecture, wonder, admire, worship, adore, threat, menace*; y así los nombres *liveliness, vivacity, loveliness, amability, holiness, sanctity, depth, profundity*.

No es menor dificultad que esta de la abundancia ó sea la de que haya varias palabras para una idea, la de que á veces una misma palabra signifique las dos cosas ó calidades más opuestas. Sirva de ejemplo, en castellano, el adjetivo *civil*. Dice el Diccionario que *civil*, es *sociable, urbano y atento* y además *ruin, mezquino, vil y grosero*. Parece disparate, y con todo, el Diccionario tiene razón. Solo no la tiene en poner á *civil*, en la segunda acepción, la nota de anticuado. No es anticuado lo que está en Calderón, Tirso y demás dramáticos del siglo XVII, y aun en documentos oficiales del siglo XVIII.